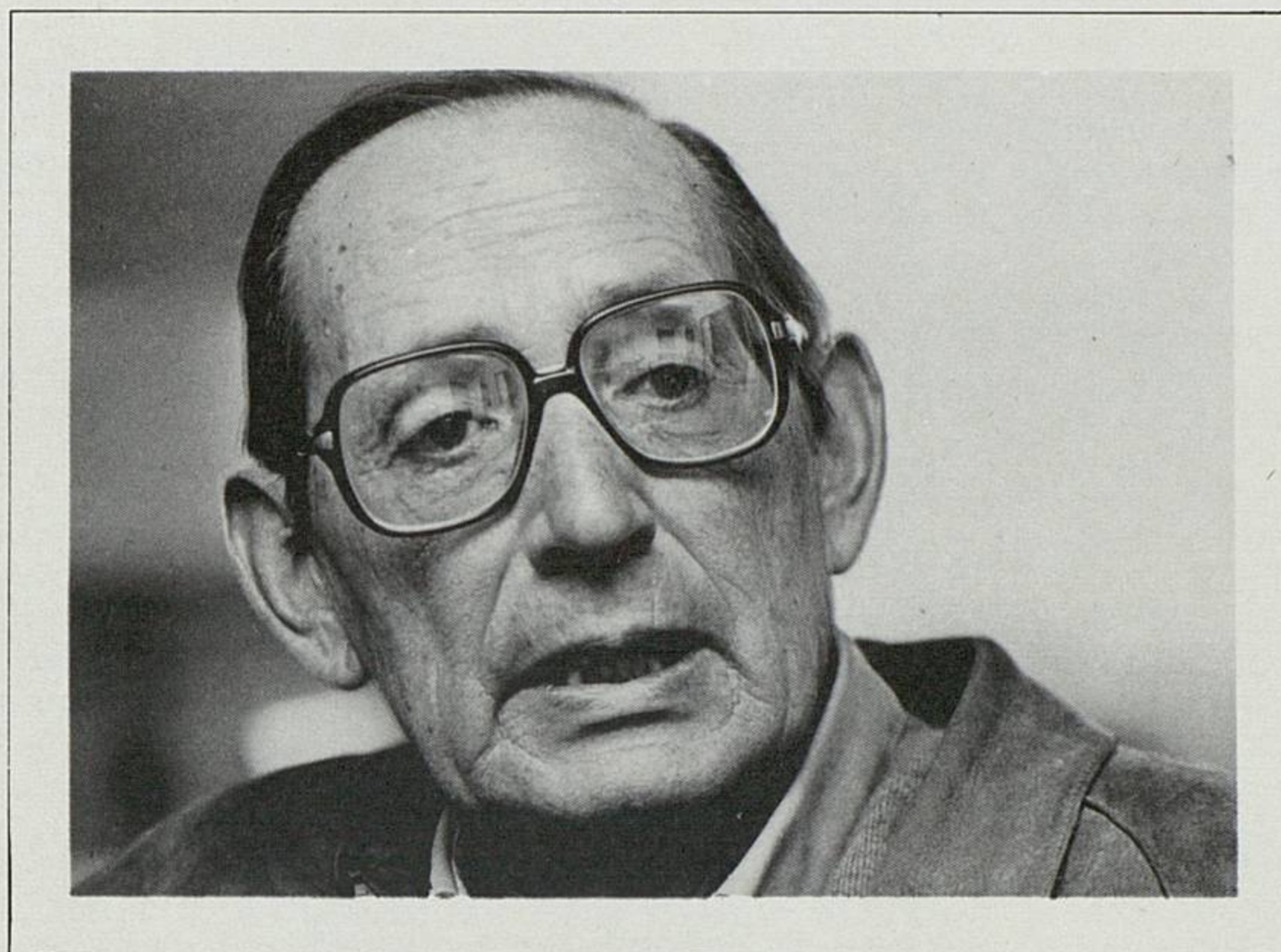


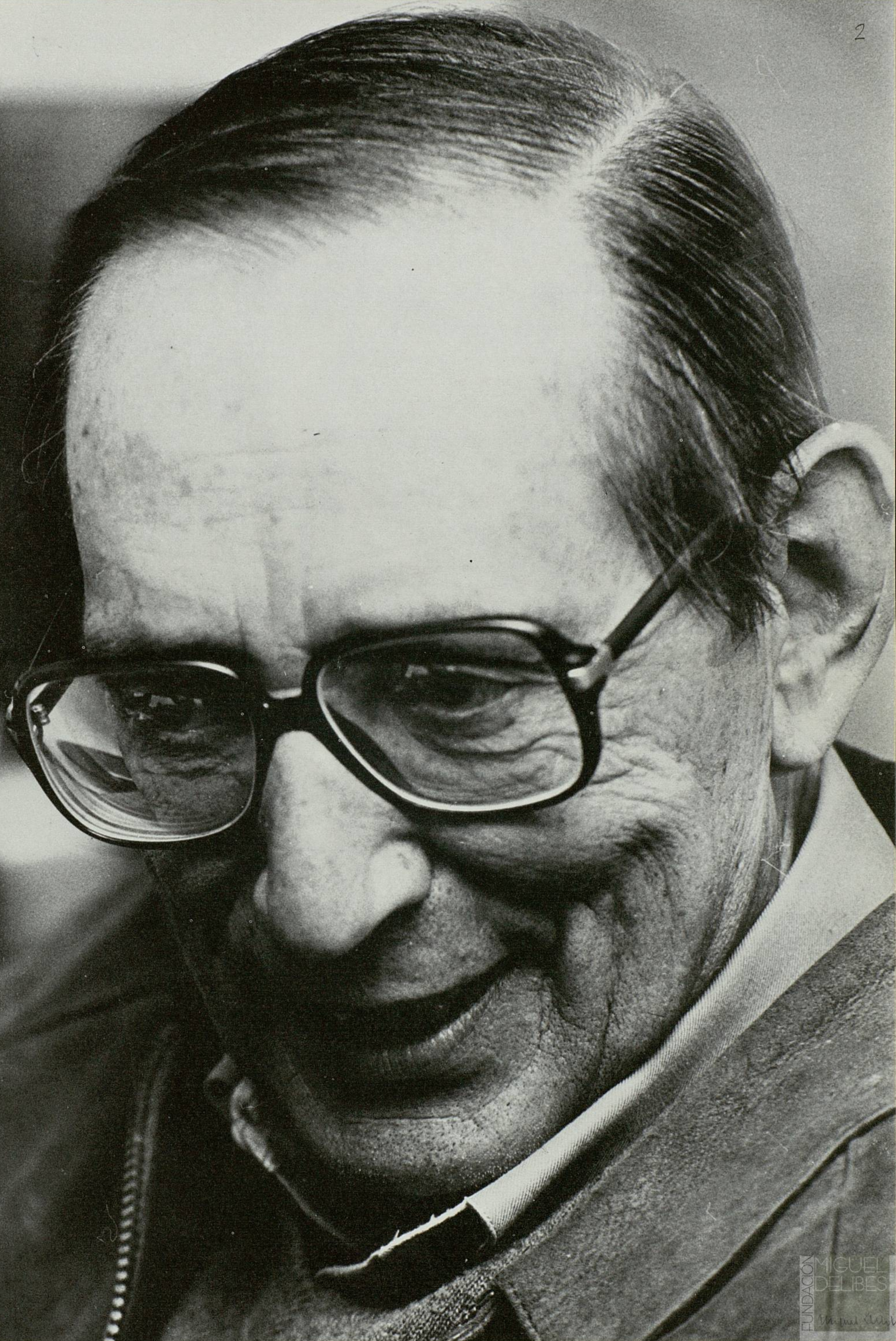
DELIBES



el mejor castellano escrito

Por J.C. y N.H. / Fotos: PEDRO MARTINEZ

Miguel Delibes, aficionado a la caza, paseante de La Castilla deprimida e infradesarrollada, gozoso abuelo y padre de numerosas criaturas de papel, ha vuelto estos últimos días y semanas a la actualidad, en razón de su última y celebrada novela "Cartas de Amor de un Sexagenario Voluptuoso", en las que, por supuesto, Miguel Delibes no se ve, ni mucho menos, representado ni autobiografiado, "sino todo lo contrario". Delibes nos recibe en su domicilio vallisoletano, ocho mil libros bien ordenados y clasificados, y con el rumor de fondo de algunos de sus siete hijos y diez nietos...





*“La inspiración no existe.
He dicho desde que comencé en este oficio,
que la inspiración consiste en
haber dormido bien”.*

Haciendo literatura llevo desde 1946, es decir, desde los 26 años. Tengo sesenta y tres años. Yo empecé, ahora que hablas de los hijos, con “un libro, un hijo”, “un libro, un hijo”, así hasta el cuarto libro y hasta el cuarto hijo, con el consiguiente espanto de mi parte, que me veía en la necesidad de dejar de escribir como el único medio de solucionar aquello. Afortunadamente, los libros han sido 35, por ahora son 35, y los hijos se quedaron en 7.

—El último libro, por cierto, está naciendo en estos momentos.

—Sí. Está naciendo las “Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso”.

—¿Qué pasa?, ¿qué Miguel Delibes se dedica a relatos eróticos, últimamente?

—No, no, no tiene nada de erótico. La voluptuosidad es sencillamente la degustación de placeres que entran por los sentidos, de manera que lo mismo se puede escuchar voluptuosamente un concierto, que fumar voluptuosamente un cigarrillo.

—Miguel Delibes, ¿cómo es el amor a los 60 años?

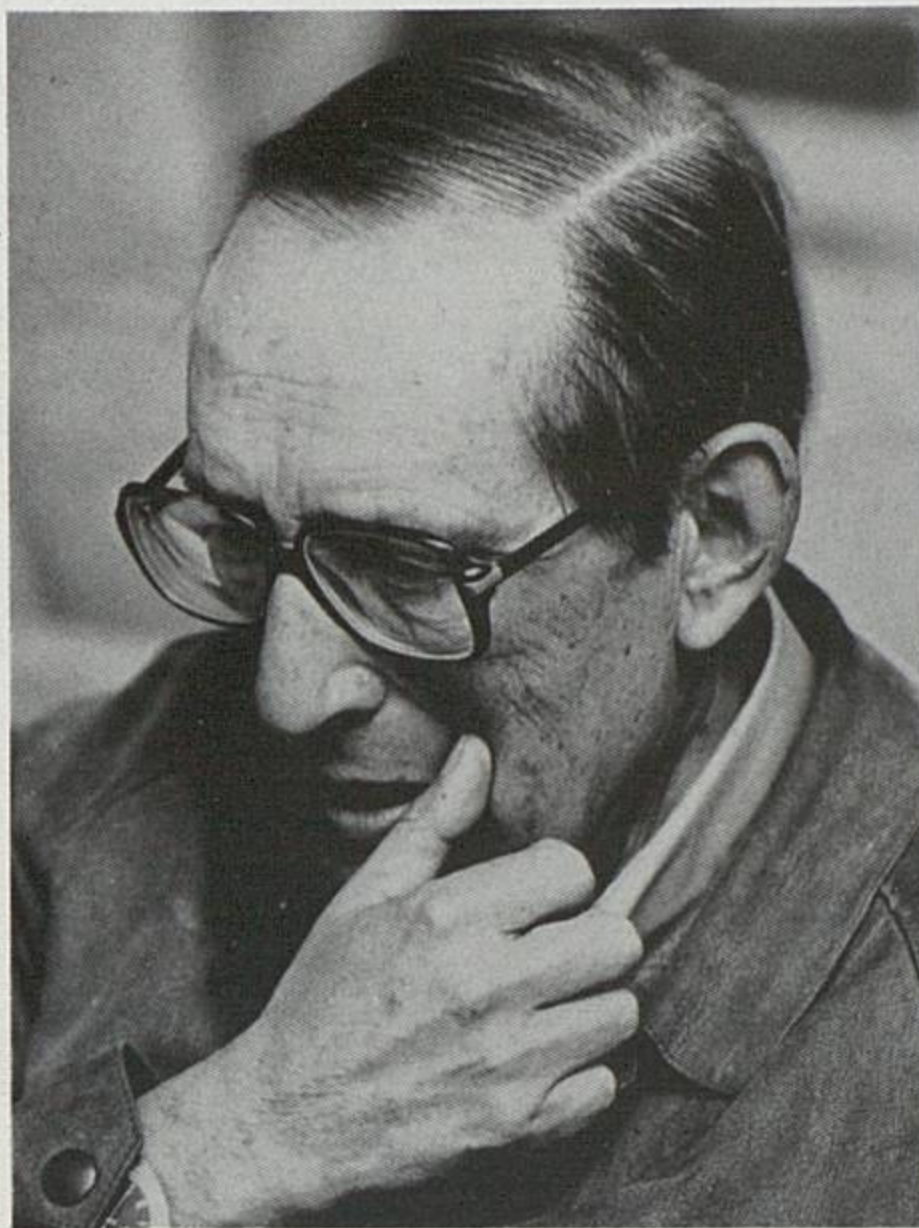
—El amor de hombre a mujer, no sé decirte, porque yo no lo tengo. Pero supongo que será, más o menos, como el amor a los 50, que sí lo tuve. Y el amor a los 50 sigue siendo una pasión activa, aunque atemperada por el tiempo y por 25 ó 30 años de convivencia.

—Ha puesto usted de relieve que, pese a esas coincidencias de un sexagenario, no es, en modo alguno, autobiográfico este libro.

—Es completamente antitético. Ya comprenderéis que no tiene nada de Miguel Delibes más que los 60 años.

—Este nuevo Delibes, ¿a quién se va a parecer?, ¿a “Cinco horas con Mario”, a “La Hoja Roja”, a “Los Santos Inocentes”, a “Las Ratas”?

—Tiene algo de la técnica de “Cinco horas con Mario”, no quiero decir que se parezca a “Cinco horas con Mario”, sino que también mi posición es la contraria al que se explica, al que expone. Es decir, que si yo, me considero la antítesis de Menchu, ahora me considero también la antítesis de este Eugenio Sanz, que es un personaje para mí bastante antipático.



—Menchu apareció en el teatro, un buen día. ¿Eugenio también es personaje teatral?

—Eugenio no es teatral. No. Estas cartas son muy difíciles, imposibles, de llevar a la escena. Tampoco pensé que era fácil llevar a la escena “Cinco horas con Mario”. Lo que ocurrió es que, mediante una inteligente “poda”, que hicimos entre varios, quedaba lo esencial del relato, y quedaba una protagonista. Porque, en un principio, se pensó en revivir a Mario y poner en escena a todos los personajes. Esto no quedaba bien, como no quedaba bien la novela que yo comencé con Mario vivo. El Mario vivo, al ser un hombre tan puro, tan intransigente, resultaba un tipo muy cargante. Parecía, un poco, la conciencia del mundo. Al mundo le molesta tener una conciencia, esto es evidente.

—¿Todos los puros son cargantes?

—Los puros y que te reprochan la pureza, sí son, un poco **cargantes**, porque yo creo que Mario bien podía haber comprado un “600” a su mujer.

—¿Sufre muchas modificaciones el libro que leemos, respecto al libro primero, que escribe Miguel Delibes?

—Muchas modificaciones, a veces. Otras veces, no. Por ejemplo, “El Camino”, fue una historia rápidamente pensada, porque era una historia vivida. Eran mis años en la montaña, de donde era mi padre y donde veraneábamos. De manera que, en

aquella circunstancia, lo que yo había vivido allí de niño, no tenía más que reconstruirlo. Tenía que ver el punto de vista técnico para resolverlo, y lo encontré. Pero ese libro nació, exactamente, de la materialidad de escribirlo, en 21 días.

—Esa fue la excepción.

—Esa fue la excepción. Lo normal es lo que me ocurrió con “Cinco horas con Mario”. Llevaba 200 cuartillas escritas, con Mario vivo. Pero había dos **pegas**. No sólo que a mí no me gustaba aquel personaje, que me parecía un poco fastidioso, sino que tampoco hubiera pasado nunca la censura. Porque, imagináos lo que sería un personaje antitético de Menchu y soltando todo aquello en 1966. Era hacer oposiciones a “cargarme” el libro, de manera que, un poco forzado por la censura, y porque yo vi que aquello corría por unos rieles fáciles y, engrasados, pues le di la vuelta. Entonces, “maté” a Mario, y me quedé a gusto después del asesinato, porque visto a través de la mujer era un personaje mucho más atractivo.

—Además, tuvo la suerte de encontrar una actriz fabulosa que lo interpretara.

—Realmente, yo manifesté que era la auténtica Menchu, la que yo había imaginado, la que yo había pensado cuando escribí el libro.

—Y estas “Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso”, ¿también han tenido esa “segunda realización”?

—No. Ha tenido dos realizaciones, pero porque el tipo presentaba ciertas contradicciones. Y no solamente porque todos somos contradictorios en nuestra manera de ser. Un poco contradictorios sí somos. Es decir, que unos días parece que nos gusta una cosa que no nos gusta al día siguiente. Ha sido, más bien, por motivos literarios. No encontraba que todas las cartas estaban escritas en un mismo estilo. He tenido que adoptar el estilo de un señor que sabe escribir, evidentemente: de un señor que ha leído, pero que tiene una procedencia prolongada de un pueblo, de una naturaleza pueblerina, y a quien le quedan enganchados al idioma ciertos vocablos que a mí me gustan mucho, de los que me duele siempre pres-

**"No estoy enamorado de mis libros.
No soy un narciso de mi obra literaria"**



cindir, que él cumpla con una conversación normal. Es un tipo de pueblo que procura corregirse de desmanes lingüísticos.

—¿Cómo escribe el escritor de hoy con respecto a esos años 60 de la censura? ¿Se escribe más relajado?

—Sí, hoy se escribe mucho más libre. Ahora, en la libertad del arte, yo veo un peligro: que se vaya muy directamente al tema, cuando yo creo y considero muy estéticas las sugerencias. Me parece más estética, más artística, la sugerencia que la manera abrupta de ir a un problema. Si yo escribiera hoy "Cinco horas con Mario", procuraría escribirla como la escribí, no de manera diferente.

—Y "Las Ratas". ¿Qué ha significado para Vd.?

—"Las Ratas" fue un libro que tuvo muy buen éxito, muy buena acogida. Le dieron el premio de la Crítica, y demás y aquello fue como un desahogo. Brotó de un desahogo, porque en aquel tiempo me estaban poniendo varillas en las ruedas para que no habláramos de Castilla, en "El Norte de Castilla", en el periódico que yo dirigía. Y, naturalmente, el periódico tenía una censura más rígida que los libros. Esto es evidente. Y el libro de poesía, era más libre aún que la novela, porque lo compraba menos gente y lo entendía menos gente. Entonces, cuando a mí me pusieron "la china" definitiva, y cortaron aquella campana en favor de los pueblos de Castilla, me puse a escribir un libro sobre este tema, y escribí "Vieja historia de Castilla La Vieja", que es un librito breve, condensado, pero que refleja bastante bien lo que ha sido Castilla. Porque, algo se ha modificado. Y luego "Las Ratas". "Las Ratas", que era todavía más duro.

—¿Existió el personaje que Vd. llamaba el Niní?

—Era un personaje totalmente inventado; era un poco el contrapunto de toda aquella sequedad, de toda aquella atonía, de toda aquella miseria, tanto espiritual como real. El que sí existió y al que he conocido fue el ratero. El ratero, además, luego me dí cuenta de que no era un personaje excepcional en Castilla. El ratero que se dedica a cazar ratas con un perrillo y un pincho de hierro y que luego vende estas ratas entre



la gente que las estima. Las estima porque eso de que fritas con una pinta de vinagre son mejor que codornices, esto lo he oído decir a gentes de nuestros pueblos. No, yo no las he probado. A mí el gusto, el sabor, no me dice nada. Pueden saber a codornices, pero, ¿por qué tienen que saber a codornices? Una rata, a mí me daría un asco tremebundo. Cuando se habló de llevar al cine "Las Ratas" y salió la noticia en el periódico, se me presentaron cuatro rateros brindándose a actuar si no como protagonistas, por lo menos con los ademanes y como orientadores de lo que era un cazador de ratas. Esto es, claro, hace veinte años. Yo creo que este tipo, si no ha desaparecido del todo, estará en trance de desaparecer, porque es que parece que yo me he recreado en pintar tipos de situaciones límites porque tampoco hoy existe el jubilado de la "Hoja Roja", al que se le caía la moquita. Es decir, que es otro personaje llevado al límite. Y llevado al límite es la criada. La Desi, hoy no son así. Es decir, hoy gracias a Dios, escogen chicas más formadas. Han ido a la escuela o al colegio hasta los 16 años y saben, más o menos, lo que se traen entre manos. No son tan áridas y tan sin labrar como aquella pobre Desi. Y lo mismo diría de otros libros.

—Probablemente Miguel Delibes tiene hijos preferidos, tiene nietos

preferidos. ¿Tiene también libros preferidos de esos 35 escritos?

—Soy muy padrastro para mis libros. Quiero decir, que no estoy enamorado de mis libros. No soy un narciso de mi obra literaria.

—¿No los vuelve a leer?

—No los vuelvo a leer. Y si los leo, no me gustan. Los escribiría de otra manera. Hay uno que antepongo, pero porque tiene menos cosas negativas que los demás. Son "Las Viejas Historias de Castilla la Vieja". Como tiene sólo 70 u 80 páginas, pues tiene, naturalmente, menos errores que los demás, que son más largos.

—D. Miguel Delibes, entre tanto libro que tiene en su casa, ¿también tiene alguno que le guste leer?, ¿volver a él de vez en cuando?

—Vuelvo con cierta frecuencia a Proust, pero no para leérmelo entero, claro, cada vez que vuelvo, porque entonces no leería otra cosa. Pero es un hombre tan excepcional, a mi juicio, como novelista... Proust narra una historia, explica esta historia y sondea los sentimientos y las sensaciones de esas personas que viven estas historias. Eso es algo tan especial, tan especial, tan peculiar, tan bien escrito, por otra parte...

—Entre los autores españoles, ¿hay algunos a quién también le guste leer?

—No suelo volver, es decir, todavía no he alcanzado la edad. Yo creo que se necesitan más años para vivir de las relecturas. Eso es ya cuando consideras que todo lo que se escribe es bazofia y que sólo se escribía bien antes. Ya tienes que ser un poco más viejo, creo.

—¿Valladolid, es la capital del castellano?

—Yo he oído a gente extranjera, en Estados Unidos, incluso que tiene la idea de que el mejor castellano, el mejor español, podía oírse en Valladolid y en Burgos. Yo creo que en casi toda Castilla la Vieja y La Nueva se habla en castellano muy parecido, que no tiene acento, o la falta de acento es el acento de ese castellano. No lo sé. Pero, realmente, la estimación de que es Valladolid la capital donde mejor se habla no lo pongo en entredicho, aunque, por ejemplo, en Valladolid no pronunciamos la *elle*, es decir, la pronunciamos como "y" griega...



—Y la "de", final con mucha dificultad, ¿no?

—Claro que hay quien la pronuncia bien, naturalmente, pero es muy frecuente que se diga "Vayadolid" y no "Valladolid", como tendría que ser, pero claro; yo, para pronunciarlo bien, tengo que adoptar unas formas labiales tan forzadas que, realmente, prefiero pronunciarla mal.

—¿Y cuando le dicen que su castellano sí es de los más puros de los que se escriben en este país?

—Esto tiene una razón de ser, y es que son pocos los novelistas castellanos que se mueven en los pueblos. Yo me muevo mucho en los pueblos, y realmente en los pueblos, particularmente con la gente vieja, se aprende una barbaridad. El otro día, por ejemplo, aprendí una cosa: que **espirar**, con s, es lo contrario que **expirar**, porque, si expirar es morir, espirar sencillamente es coger vigor, coger fuerza. Y esto me lo dijo un castellano de la auténtica Castilla, en la Tierra de Campos.

—¿Y lo va a llevar a la Real Academia?

—No, porque ya estaba la palabra en el diccionario. Eso es lo curioso. Es decir, esto indica la precisión y la exactitud con que habla nuestra gente del campo. Desgraciadamente, nuestra gente del campo vieja, porque la gente del campo joven, la poca gente joven que queda en el campo, no habla igual.

—Miguel Delibes, Vd. yo no sé si me equivoco, pero me recuerda a los últimos románticos que se niegan a

que la civilización siga su curso.

—No, no. Yo a lo que me niego, y parece que tenía razón, es a que el progreso se oriente como se ha orientado. Si en vez de este progreso de bombas atómicas hubiéramos inventado otro progreso con máquinas de otro tipo, no tendríamos ahora que estar en tensión, esperando que a uno de los dos gendarmes universales se le inflen las narices y nos lleven a todos al otro mundo. De manera que yo, contra lo que estoy, es contra un progreso que enfrenta al hombre con el hombre. Y aún contra un progreso que enfrenta a la industria con la naturaleza. Esto es evidente y esto lo vemos cada vez más. Recientemente supimos que el río Carrión tenía todas las truchas muertas, desde Carrión de los Condes. El Pisuerga ya no tiene más peces que la carpa, que vive de la inmundicia.

—¿Y la caza?

—Y a la caza le está sucediendo algo parecido. Tanto herbicida, tanto... Porque no sabemos, en realidad, de qué se mueren.

—¿Miguel Delibes es una escopeta nacional?

—No. Primera escopeta nacional, no. Soy una vulgar escopeta, pero un primer aficionado a la caza. Porque yo, en realidad, no salgo a traer botines extraordinarios, sino, sencillamente a ver amanecer, a pisar la primera escarcha, y a pasar un día de campo, a ejercitar los músculos. Volver un poco cansado. De manera que el objetivo de mi caza es eso.

Luego sí: cazar una perdiz en un tiro difícil, pues miel sobre hojuelas.

—¿Está en forma, no?

—Sí, sí. Sí estoy en forma.

—¿Cuántos años tiene?

—Sesenta y tres.

—Los lleva muy bien ¿no? No aparenta más allá de 50. ¿Cree que la causa es la caza?

—No lo sé, pero evidentemente tiene que influir. Además de la caza de los domingos, no me meto en la cama ningún día sin haber andado alrededor de los 10 kilómetros.

—Vd. ha respirado poca polución, con su deseo de vivir en Valladolid...

—Valladolid también tiene mucha polución.

—Miguel Delibes, es además, un académico de la lengua. Es un personaje que está en la historia de la literatura española. Es un personaje que estudian nuestros escolares y nuestros universitarios. ¿Qué es lo que Vd. cree que deben decir ya estas obras de estudio sobre Miguel Delibes?

—Lo dicen, ya. Dicen cosas muy halagüeñas, en general. Yo cumplo con creerlas sólo al 50% para ponerme en mi sitio. Lo que sí me agrada es comprobar cómo los chicos y chicas que leen por ejemplo "El Camino", "Las Ratas", a los 16 ó 17 años, pues gustan de estas lecturas. Es decir, es lo contrario de lo que me ocurrió a mí, cuando me mandaron leer "El Quijote" a una edad demasiado temprana. Entonces odié "El Quijote" y tuve que tener muchos años para leer "El

“Estoy contra el progreso que enfrenta al hombre con el hombre.
Y aún contra un progreso que enfrenta a la industria con la naturaleza”.



Quijote” con reposo y con gusto. Pero entiendo que está muy bien esto de hacer leer a nuestros adolescentes en el lenguaje de hoy y no en el lenguaje de Cervantes. A Cervantes lo leerán cuando tengan 30 años o cuando tengan 40 años. Pero cuando tienen que hablar decorosamente el idioma, en el castellano, en el español actual, es hoy.

—¿Sus hijos han leído sus obras?

—Sí, y han escrito las suyas...

—¿Qué otras cosas hace Delibes, además de cazar, leer, andar?

—Escribir.

—¿Está ya con la próxima obra?

—Tengo pensada una novela, pero a lo mejor luego no sale por ahí. Porque ocurre en esto de la literatura, con mucha frecuencia, que empiezas una obra o la piensas, y de repente se adelanta otra que tenías pensada quizás hace 20 años. Por eso no me gusta hablar de lo que preparo, porque a lo mejor lo que preparo se queda en nada y sale lo que no preparo.

—¿Vd. prefiere hablar del escritor trabajador o del escritor inspirado?

—La inspiración no existe. He dicho desde que empecé con este oficio que la inspiración consiste en haber dormido bien. ¿Por qué consiste en haber dormido bien? Porque si duermes bien, resulta que es que no tienes preocupaciones que te desazonen.

—¿Nada más, con eso vale?, ¿con dormir bien es suficiente?

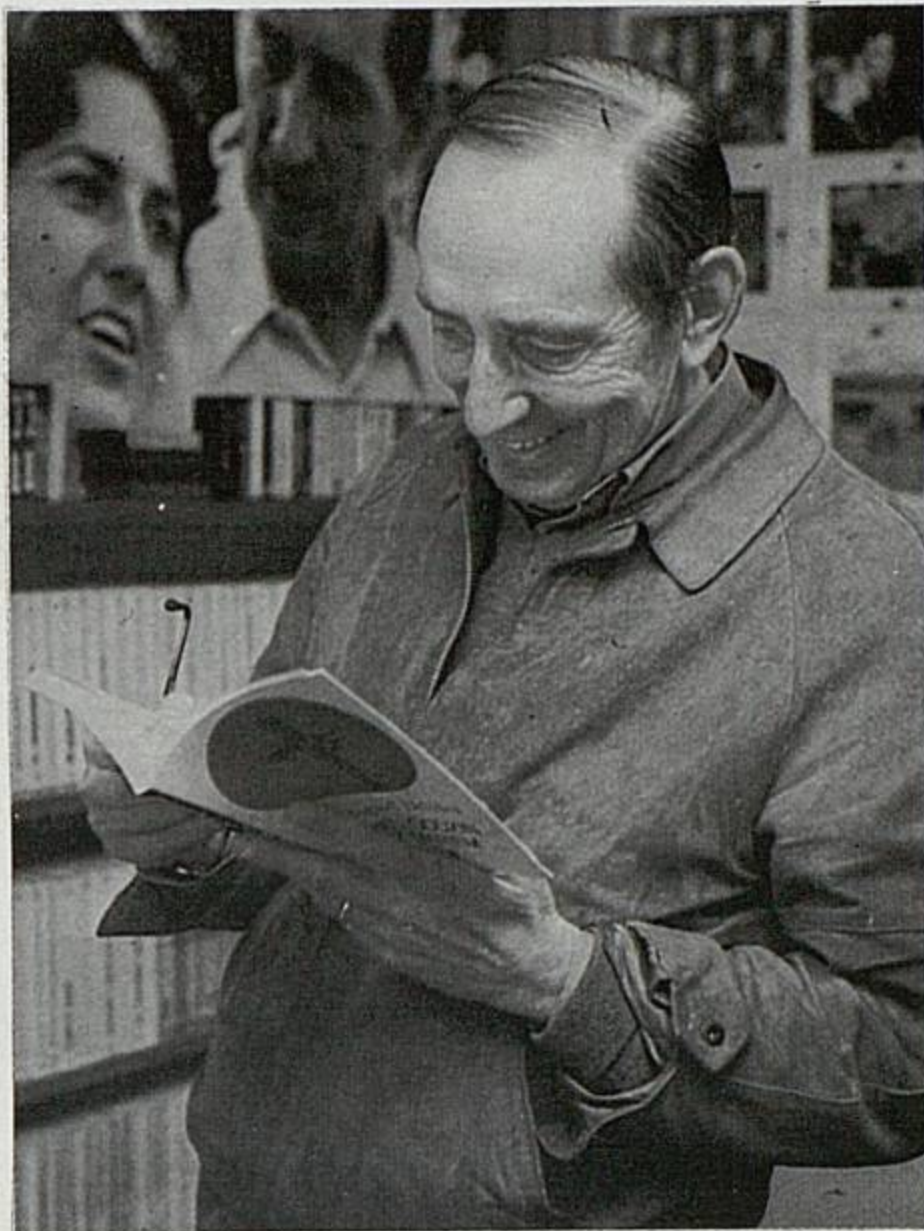
—Sí, porque no hay preocupaciones que te desazonen. Entonces eres un hombre en blanco, y un hombre en blanco es como la cuartilla, lo que tienes que llenar de literatura. Pero si tienes una preocupación grave, o un hijo muy enfermo, o qué sé yo, un accidente o una preocupación de otro tipo, resta facultades para crear. Esto es evidente. De manera que el indicio más favorable y más seguro es haber dormido bien.

—Habrá algo más; habrá que aportar algo más. Un poco de talento, por ejemplo.

—Bueno, luego sí hay días. Hay días que te consideras más dotado o menos dotado, pero yo creo que esto sólo les ocurre a los temperamentos neuróticos como el mío.

—¿Vd. se considera así?

—Por ejemplo, para Paco Umbral,



que es un gran amigo mío, no hay horas ni hay días. Escribe divinamente en cada hora de cada día. En el momento en que se lo proponga. Es más, yo le digo a Paco Umbral: siéntate, escribe un artículo sobre el tal tema, al cuarto de hora me da un artículo perfectamente escrito sobre tal tema. Esto para mí es admirable, y le envidio con toda mi alma.

—¿Su neura hasta dónde llega?

—Mi “neura” tiene manifestaciones. La “neura”, como decimos los modernos, como decimos los chicos. La neura tiene muchas manifestaciones y ninguna agradable. Es decir, tengo depresiones. A veces tengo exaltaciones completamente artificiales. De manera que yo casi vengo a no saber lo que soy, porque hay dos en mí. Estás exaltado o contento, o deprimido.

—¿Todavía sigue buscándose Miguel Delibes a sí mismo, o ya se ha encontrado?

—Yo creo que nos morimos sin encontrarnos, porque cada día puedes encontrar una nueva faceta en Delibes, que el propio Delibes no conocía.

—¿Es muy introspectivo?

—Soy muy introspectivo y muy reservado.

—¿Es un hombre solitario?

—Saco provecho de la soledad, pero me gusta mucho estar con amigos y charlar. Eso sí, nunca más de 6 amigos. Es decir, que las gran-

des reuniones a mí me dan cien patadas. Las presentaciones de libros, las reuniones de escritores...

—O viajar a la capital.

—O viajar a Madrid. Eso tampoco me agrada. Ahora bien, hablar con media docena de personas, no sólo es llevadero sino muy grato.

—¿Y qué temas de conversación prefiere?

—Yo tengo una tertulia los sábados en la que médicos, catedráticos, abogados y cada uno habla de su tema, que es lo divertido. Reunirme sólo con escritores, para hablar de nuestras cuartillas, es muy aburrido. Ya lo hablo conmigo mismo. De manera que yo prefiero hablar con gente sencilla, cuanto más diversa mejor. Y por esto gozo mucho en mis conversaciones con gente de campo, que me enseña a escribir. El otro día me preguntaban si era yo de los del cuadernito, que van anotando. No, no hace falta cuadernito. Es decir, que hablas como un hombre de pueblo, con un hombre mayor de pueblo, y suelta, de vez en cuando, la palabra, el aspirar o la quincineta, que fue otro descubrimiento mío.

—¿Qué es esto?

—La quincineta es el ave-fría. El avefría es un pájaro azul verdoso, con la pechuga blanca y una interrogación muy graciosa de moño. Yo la llamaba avefría desde pequeño. Pero, cuando le pregunté a un hombre de pueblo si la avefría había llegado ya, porque viene cuando bajan las nieves en los países del norte, entonces le describí el pájaro. ¡Ah! Vd. me está hablando de las quincinetas. Viene también en el diccionario.

—¿A Vd. qué impresión, qué idea le causan esos niños de ahora de las ciudades, para quienes todos los pájaros son eso, sencillamente pájaros, y todas las plantas son sólo plantas?

—Pues me dan pena. Me dan pena porque es que, además, a los niños de hoy apenas les brindamos otro escape que la urbanización. La urbanización es una forma de prolongar la vida urbana, de una manera más ventilada, pero después de todo es la vida urbana lo que prolongan allí. La vida en el campo hay que vivirla en un pueblo, como tal comunidad rural, no simplemente por estar al aire libre.